

## La guerra urbana: trayectorias, tendencias y aproximaciones teórico-históricas

Urban warfare: trajectories, trends and theoretical-historical approaches

David Herrera Santana y Daniela Rezago Flores

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM y Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM  
davidherrera@filos.unam.mx; danreflo@gmail.com

**Resumen.** La perspectiva histórica de larga duración muestra que la guerra y la ciudad son cogenealógicas, es decir, que se constituyen una a la otra. La polis, como lugar de encuentro pero también como punto de conflicto y desencuentro, estuvo desde el principio definida por la guerra, tanto por las formas de asedio y conflictividad con otras ciudades, como por los conflictos y desencuentros intestinos que derivaban en conflagraciones civiles (stasis). La formación de la estatalidad moderna, entre los siglos XVII al XIX, trajo consigo el surgimiento y perfeccionamiento de técnicas, tecnologías y praxis de gobierno más eficientes que, en parte, pasaron por la estatización de la guerra y su progresiva expulsión del campo político interno, para confinarla a la noción de conflictos entre Estados; con ello se inauguró un paradigma de seguridad centrado en la administración y buen gobierno de la población, pero así también en la prohibición del recurso a la guerra por parte de los gobernados. El siglo XX fue testigo de la revolución urbana y, con ello, de la manera en cómo lo urbano se volvió estratégico para las formas de administración, control y regulación de la vida. Bajo el paraguas de “guerra urbana” subyacen numerosas formas en cómo la gestión de la vida en contextos urbanos se va dando cada vez más a partir de la intervención de lo militar y de la definición de un campo estratégico donde se debaten los horizontes de la regulación de lo que es percibido como riesgos y amenazas; también las maneras en cómo la guerra sirve como tecnología de ampliación de las relaciones de mercado; de igual forma, como frontera en la definición de las vidas plenas y aquellas “desechables” o que “no merecen ser vividas”; por último, como campo de expansión de relaciones coloniales y de despojo, tanto como laboratorios de experimentación de formas de gobernabilidad autoritaria.

**Palabras clave.** Guerra, polis, guerras urbanas, stasis, regulación de la vida.

**Abstract.** A long-term historical perspective shows that the war and the city are cogenealogical, that is, they constitute each other. The polis, as place of encounter but also as point of conflict and disagreement, was from the beginning defined by war, both by the forms of siege and conflict with other cities, and by the internal conflicts and disagreements that led to civil conflagrations (stasis). The formation of modern statehood, between the 17th and 19th centuries, brought with it the emergence and improvement of more efficient techniques, technologies and practices of government that, in part, involved the statization of war and its progressive expulsion from the internal political field, to confine it to the notion of conflicts between States; with this, a security paradigm that focused on the administration and good governance of the population was inaugurated, based also on the prohibition of recourse to war by the governed. The 20th century witnessed the urban revolution and, with it, the way in which the urban became strategic for the forms of administration, control and regulation of life. Under the umbrella of “urban warfare” lie numerous ways in which the management of life in urban contexts is increasingly taking place through military intervention and the definition of a strategic field where the horizons of regulation of what is perceived as risks and threats are debated; also the ways in which war serves as a technology for expanding market relations; likewise, as a frontier in the definition of full lives and those that are “disposable” or “not worth living”; finally, as a field of expansion of colonial relations and dispossession, as well as laboratories for experimentation with forms of authoritarian governance.

**Keywords.** War, Polis, Urban Warfare, Stasis, Administering of lives.

“La ciudad, la polis, es constitutiva de la forma de conflicto llamada guerra, tanto como la guerra misma es constitutiva de la forma política llamada ciudad”

(Virilio, 2002, p. 5)

### La guerra, la ciudad y lo urbano: trayectorias de una historia

¿Qué relación existe entre la guerra, la ciudad y lo urbano? Desde la Grecia antigua, el ‘hacer la guerra’ y el ‘hacer la polis’ no sólo aparecen como procesos amalgamados, sino que se exhiben como profundamente co-genealógicos. Los relatos sobre Atenas señalan que ésta debió a la guerra su proceso de expansión pues a partir de unificar aquellas otras ciudades se constituyó como una polis prima inter pares. La misma fundación de Esparta estuvo primero precedida por la guerra hecha contra la población de Laconia y, posteriormente, con las Guerras de Mesenia se facilitarían las ocupaciones territoriales hacia el oeste a través de la conquista de los pueblos que serían obligados a servir al ejército espartano en los emprendimientos de expansión de la polis.

Sin embargo, la instrumentación de la guerra devino acción no sólo constituyente de las ciudades como lugar geográfico, sino también como locus político expresado en el surgimiento de una entidad sui generis: la polis como primer Estado (o protoestado, en comparación con la formación estatal moderna)

en tanto síntesis del surgimiento de un sujeto histórico específico, a saber, de una comunidad como organización social politizada que, emplazada en un espacio concreto, se gobierna a sí misma por fuera de las estructuras monárquicas y aristocráticas que le precedieron (Sakellariou, 1989).

Como ha sido documentado, en la experiencia griega, la guerra no sólo será consustancial a la vida política de la ciudad, sino que será fundacional. No obstante, la noción de guerra como práctica histórica adquiriría un entendimiento distinto a las connotaciones actuales. En palabras de Yvon Garlan, en la Grecia Antigua se presuponía que la guerra “implicaba una confrontación entre dos comunidades políticas distintas que demandan el compromiso total de sus miembros. Se asumió además que las comunidades estuvieran dispuestas y fueran capaces de imponer a sus combatientes la obligación de respetar un código de conducta, el cual fue (...) tan vinculante (...) en principio como lo fue vago en sus aplicaciones prácticas” (p. 23).

Si bien hallamos que la historia de las relaciones entre la guerra y la ciudad se remontan a ese momento en el que la primera crea las condiciones histórico-materiales de posibilidad para la constitución de la segunda, también advertimos que las Guerras del Peloponeso relatadas por Tucídides son evidencia de lo que será el inicio de una trayectoria en la que el ‘hacer la guerra’ hará también de la comprensión de la ciudad y de su funcionamiento un saber estratégico dirigido al perfeccionamiento de la táctica del despliegue militar como expresión de su propia racionalización. Por lo que, también en esa medida se irá imprimiendo una lógica propia a la organización de la polis para premeditar operaciones de combate/defensa en hipotéticos escenarios de conflagración. Estamos tempranamente, y hacia lo sucesivo, frente a una forma de ‘hacer la guerra’ que diferirá de lo que históricamente había existido, pues la comprensión de la ciudad como uno de los objetivos de la propia estrategia militar detonará una serie de innovaciones acumulativas en las formas concretas de conducir la guerra con lo que se terminará ampliando el campo de lo imaginable y lo materialmente posible. Es decir, ‘hacer la guerra’ tiene una dimensión productiva en la reconfiguración del Estado pues ésta aparece como potencial instrumento para la repolitización de la vida en la polis.

En las Guerras del Peloponeso, encontramos la prefiguración de una suerte de imperativo o protoforma de expresiones concretas de la relación entre la guerra y la ciudad que más adelante subyacerán en la invención moderna de la guerra urbana y sus actualizaciones contemporáneas. La Batalla de Potidea será la demostración temprana de operaciones militares dirigidas al sitiado de las ciudades fortificadas y amuralladas, al asedio como asalto, pero también al bloqueo de los flujos de abastecimiento y distribución de víveres que abarcará la intervención y ocupación de los accesos a la ciudad-enemiga través del control de posiciones clave en la infraestructura con el fin ulterior de precipitar su rendición y toma (Tucídides, 1990). La efectividad de las operaciones de sitiado, asedio y bloqueo dependerá de limitar su extensión y duración espaciotemporal.

Sin embargo, por lo regular, estas operaciones eran demasiado prolongadas y costosas al grado en que la hambruna y el agotamiento resultantes (Tucídides, 1990) viabilizarían la negociación. Se trata entonces de un primer momento en el que la guerra hace ciudad y de un segundo momento en el que la ciudad expande las posibilidades de conducir la guerra. Aunque la guerra en estas condiciones devendrá instrumento para la dominación fundacional en la constitución de la polis griega, es importante señalar que la ciudad todavía no será concebida propiamente como campo de batalla. Por el contrario, aparecerá únicamente como objetivo (Graham, 2007).

En la Edad Media, la guerra entre las ciudades también quedará limitada a la rendición de éstas por acción y efecto del sitiado, el asedio y el bloqueo. Aunque el cruce de la muralla no siempre fue el objetivo de la estrategia militar, en caso de ocurrir, la apuesta versaría sobre combates focalizados y eventuales. Por el contrario, cuando la guerra escalaba o se prolongaba más de lo que se estimaba económicamente

costeable, cada línea de combatientes podría hacer uso de la convocatoria para habilitar, más allá de los amurallamientos, campos de batalla abiertos en los que el combate tendría lugar para después negociar la tregua y asumir los compromisos derivados (Etxeberria, 2019). No obstante, como ha sido documentado en la Castilla del siglo XV, cuando las operaciones militares atravesaban la muralla, la guerra se expresaba en batallas de facciones locales polarizadas por el conflicto, el asalto o las luchas callejeras asociadas al saqueo perpetrado por el ejército enemigo y donde las expresiones cotidianas del combate se dejaban entrever en las barricadas y tiradores en tejados (Etxeberria, 2019).

Algunas interpretaciones historiográficas recientes sugieren que hacia finales del siglo XV las ciudades también serán lugares de rebelión, revuelta y motín que confrontan a las clases dominantes del Antiguo Régimen. Es el caso de lo sucedido en algunas ciudades como Toledo, Florencia, Ypres y Gante (López, 2014) en las que el alzamiento del pueblo sería la expresión de los primeros rechazos a los “nuevos tributos, subida de precios, bajada de jornales, hambrunas” etc. que el Antiguo Régimen sofocará a través de operaciones de combate al interior. Estas experiencias dejan constancia de una expansión en el ámbito de maniobra del ‘hacer la guerra’ porque ahora no sólo se emprenderá más allá de la fortificación, sino también muralla dentro. Es precisamente en los inicios del modo de producción capitalista en su fase mercantil que las ciudades irán fungiendo como locus de oposición a la estructura feudal (Casanova, 2006).

Si tempranamente en la Grecia Antigua y hacia la Edad Media, encontramos las primeras evidencias de un ‘hacer la guerra’ a través de la ciudad y un ‘hacer ciudad a través de la guerra’, observamos que esta relación asumirá contenidos cualitativamente distintos y más complejos que lo históricamente conocido a partir del siglo XVIII, momento en el que se irá redefiniendo el horizonte de posibilidades de ‘hacer la guerra’ a través de la transformación de las condiciones histórico-materiales de la forma ciudad ligadas a la trama de dos trayectorias profundamente imbricadas: la estatalidad moderna gubernamental y el capitalismo en su naciente fase industrial.

Con el desarrollo de la estatalidad, también se irá observando una progresiva estatalización del ‘hacer la guerra’ (Foucault, 2006). El reconocimiento de la figura del monarca como depositario de la soberanía por derecho divino contendrá las posibilidades históricamente existentes de instrumentar la guerra ya sea como potencia o como hecho en la reconstitución o refundación de lo político desde el interior. La guerra irá deviniendo únicamente como una abierta demostración de fuerza y represión tendiente a contener la posibilidad de ruptura del ordenamiento que le precede. Paradójicamente, la tendencia de neutralizar la relación entre ‘el hacer la guerra’ y ‘el hacer lo político’, acentuará la atención en explorar, imaginar y organizar formas discursivas y materiales más perfeccionadas de hacer la guerra al interior. Con ello se irán acondicionando circunstancias en las que discursivamente la guerra aparecerá concebida como una demostración de fuerza únicamente facultada por y desde la decisión del soberano.

Siguiendo a Foucault, en la Edad Media el ‘hacer la guerra’ no guardaba correspondencia con una violación del derecho porque no había una cesura entre el mundo del derecho y el mundo de la guerra (Foucault, 2006). Es decir, la constitución de una vida moral conforme a las disposiciones de legalidad y legitimidad jurídica aparece ligada a la producción de los límites de la acción política en el que aún el ‘hacer la guerra’ como potencia o hecho aparecía contemplado no sólo en términos epistemológicos, sino praxeológicos como una posibilidad en la medida en que: “El marco era una guerra de derecho, y por otra parte, la guerra se liquidaba exactamente como un proceso jurídico a través de un elemento que era la victoria, y esa victoria era como un juicio de Dios” (Foucault, 2006, p. 347).

Es en este contexto que, como resultado de una experiencia histórica acumulativa, la relación entre la guerra y lo urbano con el ‘hacer negocios’ adquirirá otras expresiones cualitativas distintas. Con el surgimiento del capitalismo mercantil hacia finales del siglo XVI, se irá remarcando la dimensión

productiva y económica del ‘hacer la guerra’ a través de su instrumentalización como mecanismo fundacional de la apertura e incorporación del exterior a la órbita de la reproducción de los capitales europeos por medio de la fundación de ciudades coloniales en América cuyo funcionamiento será ya no decisivo, sino constitutivo de la propia reproducción de las metrópolis europeas. Es decir, el ‘hacer la guerra’ hacia otras sociedades no capitalistas contribuirá a la creación de condiciones de posibilidad para la existencia y organización de la ciudad capitalista europea.

No obstante, desde finales del siglo XVI y durante el XVII, inicia y se proyecta la constitución de una estatalidad moderna que a partir de una nueva racionalidad política ampliará el campo de inteligibilidad y praxis en el arte de gobernar por medio de un ejercicio de poder más eficiente. En la medida en que discursivamente se introducirá la noción de la guerra como una práctica confinada al exterior, también se irá desdibujando la concepción de la guerra como una posibilidad al interior. No obstante, en los hechos esto no inhibirá la existencia de guerra en la ciudad. Por el contrario, el asedio, el asalto, la represión al alzamiento y las revueltas que históricamente habían sido demostraciones bélicas seguirán registrándose, pero ya no serán reconocidas de inmediato como manifestaciones del ‘hacer la guerra’, sino que serán cada vez más identificadas discursivamente como “insurrecciones”, “revueltas” que perturban el orden. Precisamente, esta distinción nominal será sintomática de una utilización más efectiva de los instrumentos bélicos que se irá consolidando a partir de la estatalización de la guerra y la negación de ésta como una potencialidad susceptible de agencia al interior.

El proceso de constitución de un Estado moderno está intrínsecamente ligado al uso de instrumentos bélicos adentro que fundarán la *civis* (ciudad) y la *urbs* como síntesis de la formación de un ordenamiento civil y moral. Es decir, la relación entre la guerra y la ciudad no puede comprenderse fuera de la estructura del Estado moderno y la relación política fundacional que le corresponde. Con el surgimiento del Estado moderno, el ejercicio de poder conllevará una ampliación de su racionalidad y praxis, pero así también de los objetivos, dispositivos y tecnologías a emplear. La propia constitución del Estado moderno como síntesis de un proceso de estatalización de relaciones de poder signa un momento en el que este último tenderá a captar, ordenar y regular bajo su órbita todo aquello sobre lo que se ejercerá y siempre lo hará en consonancia con los fines a los que responda. Es en estas condiciones que se irán configurando dos ámbitos de posibilidad en el ‘hacer la guerra’: a) “hacia afuera”, aquella hecha entre unidades de misma morfología: la guerra interestatal y b) y “hacia adentro” como guerra doméstica o guerra civil. Inexcusablemente, y en evocación a la experiencia de la Grecia Antigua, la invención del Estado moderno aparecerá intrínsecamente ligada a la función de la guerra civil como mediación en la politización y repolitización de la vida a partir de debatir la articulación/ruptura de consenso/disenso. Sin embargo, a medida que la estatalidad moderna se consolida, también es cierto que la comprensión moderna de la guerra civil irá virando hacia su inteligibilidad como “algo que se debe tratar de hacer imposible a toda costa y que siempre debe ser recordado a través de procesos y acusaciones legales” (Agamben, 2015).

Desde el ejercicio de un poder regulador estatalizado, el ‘hacer la guerra’ al interior también adquirirá un rol fundacional y regulador de la propia vida política, pero especialmente por medio de su exclusión. La guerra irá excediendo su dimensión coactiva al cumplir indirectamente, en tanto potencialidad, con una función también disciplinadora en la medida en que aparecerá como una posibilidad exclusiva del Estado para mantener el orden y la civilidad. La conformación de la estatalidad moderna que se inicia a finales del siglo XVII y avanza hacia el siglo XVIII signará un momento histórico en el que los poderes estatales al hacerse del “monopolio de la violencia legítima” quedarán plenamente facultados a “librar las guerras y manipular los instrumentos bélicos” (Foucault, 2006). La estatización de la guerra tendrá como correlato la “desinfección” del cuerpo social de las relaciones belicosas del medievo. Un proceso que encontrará su fundamento discursivo en las versiones contractualistas del Estado propias del realismo político que, en voz de Thomas Hobbes, Jacques Rousseau y John Locke, defenderían la constitución del Estado como

una institución necesaria para evitar la guerra entre individuos cuya naturaleza egoísta y conflictiva hacía de esta una constante.

De esta manera, se desdibujará la noción de la guerra como una posibilidad cotidiana accesible al cuerpo social en la medida en que queda relegada como una potencialidad en las interacciones interestatales (Foucault, 2006). El 'hacer la guerra' como una posibilidad habilitada exclusivamente para el Estado coadyuva en la consolidación de la regulación, administración y gestión de la vida según los propios requerimientos del ejercicio del poder gubernamental porque inhabilita la posibilidad de emprender una guerra privada doméstica –no estatal– que pudiera anunciar una potencial ruptura del orden establecido. Como corolario, irá configurándose una tendencia defensiva y de aseguramiento de la ciudad que buscará anticiparse a la posibilidad de ruptura.

Si históricamente, desde la Grecia Antigua, el reconocimiento de una dimensión civil de la guerra en el horizonte de lo inteligible y realizable expresaba su propia politización funcionando como mecanismo de reestructuración profunda y refundación política de la civis, en la era moderna a partir de su estatización se producirá su inercial despolitización. Es importante señalar que, como reflejo de estas condiciones ontológicas, en el terreno epistémico, desde el siglo XVIII el entendimiento dominante irá virando hacia la asunción de la guerra como el estallido de una máxima conflagración que se libra únicamente en el exterior y en contra de otros Estados.

Más aun, al quedar cancelada la posibilidad de imaginar la guerra como un momento de ruptura que puede dar lugar a un reacomodo doméstico de las fuerzas sociales, se produce también una mutación histórica significativa en el terreno de lo concebible e inteligible: la disidencia, el combate, el conflicto en el interior comenzarán a ser legibilizados como disturbios, rapiña, rebeldía e insubordinación, términos que desdibujarían la noción de conflicto y guerra en el ámbito de lo contemplable, lo decible, lo interpretable y lo potencialmente realizable. Como lo reseña la historia de la estatalidad moderna, la despolitización de la guerra sólo fue paradójicamente realizable en la medida en que ésta fue emprendida en nombre y en contra de aquello que se irá oponiendo o resistiendo a la propia fundación y existencia del Estado. Sin embargo, una vez consolidada, también la guerra quedará discursiva y materialmente relegada a la esfera de lo no-doméstico, lo no-posible y, por consiguiente, será excluida de su reconocimiento como lógica reconstituyente de la ciudad como civis y urbs.

La industrialización del capitalismo iniciada en el siglo XVIII estará promovida por una burguesía que, hacia el siglo XIX, impulsará la expansión mundial de los circuitos del comercio por medio de una lógica imperialista que estimulará la creación en Asia y África de los nuevos mercados de materias primas, fuerza de trabajo y colocación de mercancías valiéndose de la instrumentación del 'hacer la guerra' hacia el exterior como dispositivo represivo en la tendiente expansión de mercados para la sociedad industrial. Así, la guerra servirá como una suerte de mecanismo fundacional en la instalación de distintos tipos de ocupaciones –puertos libres, colonias de poblamiento o colonias de explotación– a través de las que, bajo regímenes gubernamentales más aquiescentes a la racionalidad del mercado, se irá fraguando la liberalización del orbe.

La tendiente gubernamentalización de la estatalidad moderna se afianza con la fundación de la "ciudad biopolítica" (Cavaletti, 2010) como síntesis socioespacial de una racionalidad estatal que captura, fija y contiene la posibilidad de conservar a una población que es controlable, regulable, gestionable y administrable en un espacio determinado. Sin embargo, el mantenimiento de esta agregación dependerá de la necesidad constante de excluir el conflicto para neutralizarlo. Si bien no se logra eliminarlo, se le incorporará como antígeno en la inmunización social (Esposito, 2006). Es decir, no se renunciará al 'hacer la guerra'; por el contrario, se le excluirá por medio de su inclusión. No obstante, su instrumentación acentuará una dimensión coactiva relacionada con la asunción ya no únicamente de un enemigo exterior,

sino también de un enemigo al interior. Se trata de un cambio histórico cualitativo de importancia significativa porque la función represiva del 'hacer la guerra' aparecerá como una condición de realización para la conservación de aquella población a la que se 'hace vivir' conforme a la racionalidad gubernamental estatal. Estamos así ante un momento en el que el 'hacer la guerra' como coacción contrarresta su connotación creativa como ruptura y reacomodo de las fuerzas sociopolíticas. Será a través de este cambio cualitativo que la guerra como represión permitirá expandir y vigorizar las fuerzas reguladoras del Estado moderno. Pero, además, el 'hacer la guerra' irá adquiriendo una función también biopolítica centrada en la conservación de un cuerpo social saludable y dócil a través de su regulación con lo que irá asumiendo una dimensión terrorista que se irá normalizando.

En el siglo XX las innovaciones militares engendradas durante las dos guerras mundiales proporcionarán nuevas condiciones que expandirán los horizontes de posibilidad del 'hacer la guerra' en la ciudad. En la Primera Guerra Mundial, la invención de tecnologías (gases asfixiantes y deletéreos, fusiles con bayoneta, aviación y fotografía aérea, pistolas automáticas, hangares inflables, submarinos, tanques, automóviles blindados y dirigibles) así como las técnicas de despliegue (guerra de movimiento y guerra de posiciones) ampliarán no sólo el alcance y efectividad de los ataques, sino también la posibilidad de expandir los medios de operación del 'hacer la guerra'.

En 1914, los bombardeos en París (Francia) y en Amberes y Lieja (Bélgica) fijan un precedente clave no sólo por la capacidad destructiva de los dirigibles, sino porque ello evidencia un cambio en la racionalidad del 'hacer la guerra' ligado a la comprensión de la ciudad no únicamente como objetivo militar, sino también como ámbito de operación. Con la Segunda Guerra Mundial, bajo la constitución de una biocracia nazi (Esposito, 2011), se expandirá la dimensión biopolítica del 'hacer la guerra' deslizándose hacia una tanopolítica, en la medida en que la guerra no sólo será instrumentada como dispositivo coactivo que asistirá en el 'hacer vivir', sino que ahora como parte de ese 'hacer vivir', se le empleará para suministrar en un sentido terapéutico e higienista el 'hacer morir' a ciertas multitudes, producidas ya no como el enemigo que está afuera del cuerpo social engendrado por el Estado, sino de aquél que le es interno. No obstante, en el reconocimiento de la dimensión productiva de la guerra, el exterminio se instrumenta como suerte de dispositivo en la (re)constitución de un orden social dominante.

Si bien la creación de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1945 se dirige a reducir la probabilidad de futuras guerras mundiales, a la postre se irá observando una reimaginación de los horizontes de la guerra. Lo anterior pone de manifiesto un cambio cualitativo significativo en el 'hacer la guerra', pues si bien para en los registros predominaba su concepción como un mecanismo coactivo que el Estado emplea para contener o sofocar latencias, oposiciones o subversiones en nombre de reestablecer el orden moral y civil perturbado, el deslizamiento de su función biopolítica hacia una tanatopolítica será la expresión *per se* de su consolidación como dispositivo regulador. A mediados del siglo XX, el proceso de descolonización en África y Asia, motivado por los reclamos nacionalistas de independencia, recalcará el papel de la ciudad como campo de batalla en tanto que es en la estructura de ésta que serán organizadas las insurgencias.

La Operación Rolling Thunder –emprendida en 1968 por Estados Unidos durante la Guerra de Vietnam para sofocar a las guerrillas comunistas–, así como la toma de la ciudad Kabul –en el marco de la invasión de Afganistán perpetrada por la Unión Soviética para combatir la insurgencia de muyahidines– irán prefigurando una inflexión importante en la larga trayectoria del 'hacer la guerra' porque, en ambas experiencias, la racionalidad de las operaciones militares apuntan a una mutación ligada a la comprensión de la ciudad ya no como campo de batalla o entorno de operación, sino que se le consolida principalmente como objetivo militar.

De acuerdo con documentos desclasificados de la Central Intelligence Agency (CIA) sobre la Operación Rolling Thunder que datan de 1966, la planificación de la misión, muy inspirada en el fracaso en Vietnam, ya enfatizaba la necesidad de canalizar esfuerzos al ataque de fixed targets, con lo que se asoma desde al menos la mitad de la década de los sesenta el prototipo de una racionalidad en el ‘hacer la guerra’ que irá transcurriendo por un perfeccionamiento en la comprensión de lo estratégico y lo táctico en la conducción del ataque. De hecho, la noción de fixed targets estará ligada a una progresiva racionalización de la ciudad que, como explicaremos más adelante, virará hacia la comprensión del entorno urbano a partir de la legibilización de lo que es vital para la trama de la vida colectiva. De hecho, desde 1960, y como parte de una trayectoria acumulativa de gobierno biopolítico, proliferará en Estados Unidos una inteligibilidad de la dependencia de la vida colectiva en sistemas interconectados que, siguiendo una lógica biopolítica, deberían ser asegurados con la finalidad de asegurar las condiciones que hacen posible la vida urbana.

Desde Estados Unidos, la legibilización del entorno urbano para la conducción/prevenición de ataques militares irá transcurriendo dentro de una comprensión de los sistemas vitales como parte de un “gobierno y administración de la emergencia” que en ese momento se irá desarrollando (Collier & Lakoff, 2008). Conviene acotar que bajo esta tendencia se acentuará la relevancia de una ampliación en la inteligibilidad de lo vital y lo estratégico en la propia planificación del ‘hacer la guerra’ a través de la ciudad y lo urbano, que irá deslizándose la atención en la ciudad como objetivo hacia lo urbano como estratégico – volveremos a esto más adelante—. Durante la década de los setenta, el surgimiento de guerrillas urbanas en América Latina replantea la repolitización de la guerra como mediación para la refundación del ordenamiento social dominante. En oposición, también encontraremos un intervencionismo estadounidense que tendrá como objetivo el despliegue de operaciones militares contrainsurgentes.

Ya en los albores del período de Posguerra Fría, y en el marco de las operaciones humanitarias de la ONU en Somalia por la guerra civil, un ejército de efectivos de élite estadounidenses emprende la operación especial Gothic Serpent en 1993 (Ruíz, 2014) que tendrá por objetivo el sitiado de un edificio de seguridad en el que se sabía estaba Mohammed Farrah Aidid –líder de una de las facciones en la guerra civil de Somalia—. Se pronosticaba una operación rápida y exitosa de escasos minutos que incluía en una primera fase un bloqueo de puntos de acceso para aislar el objetivo y en un segundo momento táctico el arribo de helicópteros desde los que descendería el batallón para capturar a Aidid. No obstante, el derribo de un helicóptero estadounidense Black Hawk perpetrado por la milicia de Aidid con un lanzagranadas de fabricación soviética poco sofisticado, cambiaría el curso de la operación. Si en principio se estaba frente a una misión cuyo blanco tenía una localización muy específica al interior de la ciudad, lo sucedido trasladaría el combate hacia un entorno urbano que de inmediato se revelaba complejo y azaroso (Ruíz, 2014). En el marco de la Guerra de los Balcanes (1992-1996), el asedio a Sarajevo, considerado el más prolongado en el registro histórico, evidenciará una expansión y perfeccionamiento en el campo de la racionalidad de la guerra, la cual no sólo contemplará la posibilidad de ataques rápidos y efectivos, sino también sitiados más prolongados y costosos, pero potencialmente efectivos en relación con el exterminio como práctica de negación de “lo otro”.

Hacia finales de la década de 1990, y a partir del reconocimiento de las fuerzas militares de Estados Unidos, de que la guerra en entornos urbanos implicaba una complejidad y unicidad, surgirán los primeros manuales que proporcionarán ciertas guías de las tácticas, técnicas, procedimientos y entrenamiento que se requiere para el despliegue de operaciones militares en terreno urbano, es el caso de la guía Military Operations on Urbanized Terrain (MOUT) elaborado en 1998.

Con lo sucedido el 11 de septiembre en Estados Unidos, se producirá una inflexión significativa en el ‘hacer la guerra’ que estará ligada al surgimiento de una nueva legibilidad en la que se produce discursiva y

materialmente al mundo entero como un gran enemigo constituido por una multiplicidad de sujetos de morfología distinta, con potenciales amenazas para el ordenamiento social dominante. Frente a la complejización de la escena, también proliferará una incertidumbre sobre la que se intervendrá desde el horizonte de una situación de guerra permanente, que obedece a una lógica preventiva capaz de impedir la stasis (Agamben, 2017). Como corolario, se producirá una ampliación y profundización de la forma terrorista en el 'hacer la guerra' que irá asumiendo expresiones más desbordadas y sofisticadas.

Con la estrategia estadounidense de Full Spectrum Dominance se acentuará una comprensión sistémica, multidimensional y multidominio en el 'hacer la guerra'. Como parte de esta comprensión en el siglo XXI, se irá registrando un cambio cualitativo en la racionalidad con la que se planificará y desplegará el combate. Si bien para entonces primaba una lógica aritmética asociada a la noción de campo de batalla y la horizontalidad del combate, ahora el 'hacer la guerra' (y especialmente en el dominio de lo urbano) estará rubricado en una lógica volumétrica y una verticalidad en la conceptualización del despliegue (Weizmann 2007; Graham, 2010; Elden, 2013; Herrera y González, 2022) que además se apoya no sólo en la subversión de la (re)codificación sintáctica del uso del espacio urbano, sino también en una producción infraestructural y arquitectónica de este mismo como condición cada vez más decisiva dentro de una administración biopolítica/tanopolítica que perfecciona la instrumentación de la guerra como dispositivo represivo, de sofocación y de negación del otro.

La experiencia en Gaza es el registro de una guerra urbana de exterminio muy sostenida en el tiempo. La noción ampliamente extendida más allá del planteamiento estadounidense acerca de una guerra multidominio, implicó también la posibilidad de imaginar más de un frente de combate, pero también una diversificación de las formas de asedio más sostenidas, abarcales y destructivas. Dado que el 'hacer la guerra' en y a través de la ciudad y el entorno urbano encarna otras complejidades e incertidumbres, observamos que también el combate se diversifica en ataques simultáneos muy articulados. El mínimo error o cambio en el planteamiento puede de inmediato conducir al desenlace del asedio hacia resultados no esperados. Como derivación del planteamiento de la condición latente/permanente de la guerra, observaremos un redimensionamiento de la tendencia defensiva y de aseguramiento que quedará internalizada en la propia lógica de planificación del 'hacer ciudad'. De esta manera, se irá registrando en el período de la Posguerra Fría y hacia el presente siglo, experiencias muy concretas de hacer ciudad para preparar la guerra. A saber, no es únicamente la guerra que construye/destruye ciudad, sino un urbanismo que hace ciudad internalizando en su racionalidad técnica este imperativo.

Finalmente, en el siglo XXI atestiguamos una ampliación y profundización de la función biopolítica/tanopolítica del 'hacer la guerra' que se inscribirá dentro de una tendencia a perfeccionar las formas de regulación, administración y gestión de la vida colectiva en sus múltiples dimensiones a partir de una racionalización de lo estratégico. Siendo éste el encuadre, como explicitaremos más adelante, el 'hacer la guerra' asumirá expresiones varias y de complejidad distinta en los entornos urbanos al tiempo en que la guerra urbana también fungirá como ventana de experimentación para la revolución constante de los asuntos militares. Se trata también de un momento en el que, como parte de una trayectoria acumulativa, se consolida la connotación de la guerra, no como potencia o ruptura a partir de la que el orden social puede ser reconstituido. Actualmente, estamos ante la consolidación de una tendencia a 'hacer la guerra' a través de entornos urbanos que responden a las formas de regulación, administración y gestión de la vida colectiva que termina por neutralizar la posibilidad de agenciamiento y repolitización de la guerra.

### **La ciudad como objetivo, lo urbano como estratégico**

La guerra y la ciudad, por lo tanto, poseen una relación histórica indisoluble. Las ciudades, las polis, fueron siempre el lugar en donde se debatía la forma de organización social, la sustancia y el sentido de esa organización, la inclusión y la exclusión de ciertos estratos y grupos sociales, las formas de dirección

de la sociedad y la legitimidad de estas, el sentido de unidad y pertenencia, así como la percepción sobre la diferenciación con lo que quedaba “fuera”. En no pocas ocasiones, el debate se tornó en irreconciliables posturas acerca de los destinos de la ciudad; la stasis, la guerra civil, se hizo presente cada que las diferencias sobrepasaban los marcos regulatorios y de convivencia establecidos y en cada momento que no se pudo encontrar mejor forma de resolver las desavenencias; en cualquier caso, la stasis siempre formó parte de la vida de las ciudades (Agamben, 2017; Virilio, 2002) y, podría agregarse, era parte del fundamento de lo político, mediante el cual la comunidad buscaba reconciliarse consigo misma (Echeverría, 1998; Agamben, 2017).

La ciudad, por otra parte, también representó históricamente la forma artificial de organización de un conglomerado social, donde las jerarquizaciones y clasificaciones se espacializaban y daban pie a formas de dominio y regulación que buscaban un ordenamiento político y económico, a partir de tendencias de homogeneización y compartimentalización social; se trataba de procesos de codificación y legibilización, de simplificación de la complejidad social, que permitieran regular y controlar a esa maraña, con el fin de permitir la reproducción de formaciones sociales altamente estratificadas que, en un principio, estuvieron destinadas a la extracción excedentaria de la producción, desde estratos y clases cada vez más parasitarias (Scott, 1998; 2017); en un sentido amplio, todo era parte de un proceso de “domesticación social” (Scott, 2017).

Las ciudades se presentaron como el locus político-económico que debía ser defendido, de sus propias contradicciones, pero así también de los embates externos; las formaciones amuralladas que emergieron en distintos momentos y en diferentes partes del mundo, pero que son muy características de Europa, responden a esta lógica defensiva. Puede entonces afirmarse que, de forma muy temprana, también surge un paradigma de la seguridad y una mitología en torno a las maneras en cómo esta podía ser alcanzada y procurada (Cavalletti, 2010). El aseguramiento del buen funcionamiento de la ciudad, de los flujos y fijos que la conformaban, comenzó a plantearse como un problema de seguridad que, muy pronto, se encontró con el problema de la población y las formas de producción (Foucault, 2007; Cavalletti, 2010).

Es, sin embargo, a partir de la etapa moderna, con el surgimiento y progresiva consolidación del Estado, la formación del territorio como tecnología política de gobierno y la consolidación de la población como objetivo de regulación y gobierno (Foucault, 2002; Elden, 2013; Cavalletti, 2010), más el surgimiento y auge de la sociedad industrial, que la ciudad deja de concebirse como lugar amurallado en contraposición con un “afuera” amenazante, para hacerlo como locus de interacción dialéctica con lo que se encuentra fuera, pero así también el momento en que se comprende que “el enemigo está dentro” (Graham, 2003a). Evidentemente, el paradigma de seguridad se refuerza, buscando la disolución de la multitud y el pueblo, percibidos como elementos nocivos, para pasar al cuidado de la población y la justa ordenación de los individuos (Cavalletti, 2010; Foucault, 2007); la ciudad ya no basta en este proyecto, por lo que la vida urbana comienza a florecer; la normación, la normalización, la formación de un conglomerado material, con fuertes contenidos simbólicos, de ordenamiento, control y vigilancia, pero así también, de aglomeración de las diferencias, hallan en la urbe, en lo urbano, su punto de realización y encuentro en lo que, para Andrea Cavalletti, se “trata ahora de la inclusión de la vida, no en un lugar determinado, sino en el espacio mismo” (2010, p. 36).

En la concepción de Henri Lefebvre (1970), es a partir del proceso de industrialización que podemos hablar de una “sociedad urbana”, aunque esta no se realiza plenamente sino hasta el momento en que el industrialismo comienza a alejarse del escenario de la historia, cuando el tejido urbano (en el sentido del “conjunto de manifestaciones del predominio de la ciudad sobre el campo” y no solamente como edificación material) sea preponderante no únicamente en la escala estatal-nacional, sino como potencialidad incremental a nivel mundial. La industria y la industrialización, desde esta perspectiva, inauguran un proceso de producción de la no-ciudad o anti-ciudad (Lefebvre, 1970), en la cual las

anteriores tramas son totalmente reconstituidas y puestas bajo la lógica estatal y mercantil, conquistando las formaciones sociales precedentes hasta producir una fuerte expansión de las tramas urbanas y su posterior explosión contradictoria (Lefebvre, 1970; 2017). La destrucción de la ciudad, a partir de esta no-ciudad o anti-ciudad, así como a partir de las múltiples posteriores destrucciones, representa también la posibilidad de innovar en su reconstrucción y reconstitución, mediante la expansión de las tramas urbanas, sea de manera planificada o no (Graham, 2003a; Bishop y Clancey, 2003).

Lo urbano, por ello, se transforma en potencialidad, no en forma acabada, en donde la posibilidad de producir nuevas formas de vida se confronta con múltiples tecnologías y mecanismos de dominio, control y regulación, de intervención y limitación de su potencia; en un sentido amplio, se convierte en un campo de batalla, donde la guerra ya no se desarrolla más con el “afuera” peligroso, sino con la propia posibilidad de estallamiento y descontrol de lo urbano (Lefebvre, 1970; Cavalletti, 2010; Graham, 2003a).

Derivado de ello, desde el siglo XIX, con el higienismo público, el surgimiento del pensamiento contrapatológico y organicista, así como la percepción de la necesidad de ordenamiento y mejoramiento de lo social (Cavalletti, 2010; Canguilhem, 2015; Esposito, 2011; Herrera, 2024), también se hacen presentes los primeros planes de contingencia, dirigidos a procurar el buen funcionamiento de la organicidad de la trama urbana. De esta manera, determinadas producciones infraestructurales fueron catalogadas como “sistemas vitales”, resaltando su relevancia estratégica para el funcionamiento del entorno construido y de la reproducción social que a partir de este se produce. En principio, los sistemas de transporte y energía fueron considerados en el centro de las ecuaciones de seguridad y protección que entonces se formularon (Collier y Lakoff, 2015).

Fue la experiencia de la revolución rusa y de las dos guerras mundiales, junto con el desarrollo de nuevos armamentos y otras formas de organización y ejecución de la guerra, lo que llevó a reflexionar sobre la vulnerabilidad incrementada de los sistemas vitales, como posible objetivo de sabotajes desde el interior o de ataques desde el exterior, lo que se profundizaría a partir de 1946 con el inicio de la Guerra Fría (Collier y Lakoff, 2008; 2015). La detonación de dos artefactos nucleares sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, que planteó la cuestión de la “evaporización” de la ciudad como consecuencia de un ataque de gran precisión y altamente tecnologizado, también consolidó el concepto de una “ciudad como objetivo militar” (target, en su definición anglosajona) (Bishop y Clancey, 2003) que, si bien históricamente ya se había presentado, e incluso se había reforzado durante la Segunda Guerra, ahora planteaba la posibilidad de aniquilación total mediante un acto intencionado. El desarrollo de la coherencia balística intercontinental y el perfeccionamiento del armamento nuclear durante la década de 1950 solamente ampliaría esta percepción de destrucción total. Con estas nuevas definiciones de la primera mitad del siglo XX, la guerra va adquiriendo su dimensión abiertamente urbana.

El “gobierno y la administración de la emergencia” (Collier y Lakoff, 2008) fue desarrollándose, sobre todo en Estados Unidos, como una praxis de aseguramiento de los principales centros urbanos, así como una respuesta sistémica y sistemática contra la posibilidad de un ataque externo por parte de la Unión Soviética y otros potenciales enemigos. Una resiliencia sistémica fue progresivamente planteada como respuesta ante la eventualidad de un bombardeo nuclear que pudiera fragmentar y/o dañar seriamente la articulación territorial y de comunicación dentro de Estados Unidos y entre sus principales centros urbanos. La creación de un sistema de organizaciones, agencias e instituciones, así como de protocolos y capacidades de actuación, formó la columna vertebral de esta administración de la emergencia; dentro de los planes de contingencia, una gran movilización social y la capacidad de articular regiones urbanas enteras bajo una lógica de “auto-gobierno”, en caso de que se perdiera comunicación con los centros de toma de decisiones, era el escenario que se preveía ante cualquier eventualidad (Collier y Lakoff, 2008, p. 2015). No obstante, ello no fue lo único que comenzó a definir una dimensión abiertamente urbana de la guerra.

Partimos del desarrollo desigual (Smith, 2008; Harvey, 2007; González, 2021) como apuesta metodológica para la comprensión de los procesos socioespaciales en las distintas escalas a nivel mundial. Desde esta perspectiva, concebimos a la dimensión urbana de la guerra como un complejo de desarrollos desiguales diferenciados que, si bien comparten características entre sí, se espacializan de forma distinta, dependiendo el contexto, las correlaciones de fuerzas sociales y los objetivos estratégicos que en cada momento se planteen. Así, si hasta aquí lo que hemos hecho es una generalización con el objetivo de ubicar nuestro tema de análisis, procederemos ahora a especificar algunos aspectos de este complejo desarrollo desigual.

Por supuesto que la lógica del “gobierno y administración de la emergencia”, así como el ordenamiento social, el higienismo público y las prácticas contra-patológicas, son todas constitutivas del despliegue de aparatos y tecnologías securitarias en distintos entornos urbanos alrededor del mundo. No obstante, tanto las formas concretas en que se espacializan, como los objetivos y las lógicas a las cuales obedecen, así como la manera en que a partir de ello se da la interacción entre diversos sujetos, es algo que debe llamar la atención en lo que observamos como esta relación intrínseca entre la guerra y lo urbano, que algunos han denominado “urbanismo militar” (Graham, 2011) o dimensión militar de una geopolítica urbana (Graham, 2003a). En cualquier caso, nos enfrentamos a un campo que se caracteriza por una diversidad enorme.

Sin pretender realizar una clasificación acabada o una propuesta definitiva para comprender esta diversidad, consideramos que, operativamente y para los fines de nuestro análisis, podríamos agrupar estos desarrollos desiguales en cuatro grandes grupos: a) aquellos que se relacionan con la creciente tendencia a militarizar los espacios urbanos con el objetivo de procurar una racionalización en las formas de control, disciplina y vigilancia de los mismos, con mayor énfasis en las regiones centrales del capitalismo mundial (Graham, 2011); b) aquellos que se desarrollan en regiones periféricas y dependientes y que, sin abandonar la lógica de control social, agregan el componente de la expansión del mercado, la desestructuración de relaciones tradicionales y la incorporación de distintos sujetos estatales y paraestatales con el fin de procurar nuevos ordenamientos urbanos (Velo, Cristoph y Telles, 2022; Barrios, 2023); c) los contextos en donde se llevan a cabo procesos de “urbicidio” (Graham, 2003a) con fuertes tintes de genocidio (Shaw, 2003; Coward, 2003) y de otras lógicas de exterminio de distintos grupos y estratos sociales (Shaw, 2003), también con marcado énfasis en regiones periféricas y dependientes; y d) los que pertenecen a una lógica similar, pero donde también se dan procesos de colonización/neo-colonización, ocupación ilegal y despojo de territorios, con un fuerte sentido de control sobre las formas de reproducción de la vida, que también pueden tener una dimensión de exterminio y negación de la existencia de lo que es catalogado como “lo otro” (Weizman, 2003; 2007; Graham, 2003a; 2011). A continuación, delinearemos cada uno de estos aspectos que, no obstante, se profundizarán en el resto de los artículos que componen este volumen.

Como punto previo, queremos enfatizar la dimensión relacional y dialéctica entre estos cuatro grupos de desarrollos desiguales; ya ha sido analizado por un conjunto amplio de especialistas, la manera en cómo las prácticas de ocupación territorial, bombardeos estratégicos, producción de entornos urbanos de guerra y control poblacional que se han aplicado en diversas regiones del mundo, también se han transformado en formas estratégicas de producción del urbanismo militar en varias metrópolis europeas y estadounidenses, como forma de control y producción de una anti-ciudad de vigilancia y administración de la vida (Graham, 2011; Schrader, 2019; Weizman, 2007, Warren, 2003; Sorkin, 2003). De igual manera, debemos entender estas prácticas en una dimensión mundial, es decir, como parte de unas estrategias que se despliegan y se desbordan por un mundo crecientemente urbanizado, que enfrenta el peligro de estallar (Lefebvre, 1970) y, por ello, “requiere” de técnicas de control y vigilancia cada vez más sofisticadas y efectivas (Hills, 2003; Herold, 2003; Kilcullen, 2009). De esta manera, también como parte de las

estrategias de ocupación y control de determinados Estados y clases dominantes sobre territorios y zonas que son consideradas como vitales para su seguridad y sus intereses (Weizman, 2003; 2007; Graham, 2003a; 2011). Por último, la manera en cómo la concepción de lo urbano como escenario estratégico para el control militar, desde el punto de vista de los aparatos securitarios y de vigilancia, es hoy una tendencia cada vez más consolidada y responde a una diversidad de intereses y objetivos, relacionados en cada caso con las correlaciones de fuerzas sociales específicas, tanto como con el contexto internacional (Hills, 2003; Herold, 2003; Kilcullen, 2009).

Ahora bien, dentro del primer grupo de procesos que antes hemos señalado, se ubica con toda claridad lo que Stephen Graham (2011) ha denominado como “urbanismo militar”. Este se caracteriza por ser el resultado tanto de un “efecto boomerang”, en el cual las tácticas, técnicas y tecnologías de control, vigilancia, represión y dominio que las grandes potencias europeas y Estados Unidos han aplicado en regiones y entornos periféricos, son re-importadas en forma de una praxis de control, administración y gobierno de la emergencia, así como lógicas securitarias abiertamente militarizadas, que buscan resolver las contradicciones producidas en los entornos urbanos del capitalismo avanzado (Graham, 2011; Schrader, 2019).

En este primer grupo, encontramos una nueva arquitectónica militarizada, que pasa por el diseño de los conjuntos habitacionales y las calles habitadas por clases medias y altas, cada vez más caracterizados por ser espacios cerrados a la libre circulación, con interacciones muy controladas con el resto de la trama urbana, así como con equipamientos que buscan procurar un grado alto de autarquía con relación al resto de la urbe (Graham, 2011). También se observan, de manera incremental, diseños urbanos destinados a reproducir segregaciones y diferenciaciones socio-espaciales, altamente influenciadas por tipologías de clase y de raza-etnicidad, definiendo lugares asignados para cada grupo y procurando la conexión entre las centralidades dispersas, mientras se procura el control de las marginalidades desperdigadas por todo el espacio urbano (Marcuse, 2003; Herrera y González, 2021).

Por último, y entre muchos otros aspectos, nos centramos en la forma en cómo este urbanismo militar es abiertamente represivo y se espacializa mediante mecanismos y tecnologías de vigilancia, rastreo y control constantes. Ello se muestra, en la manera en cómo las nuevas tramas urbanas se han transformado en espacios donde tecnologías de última generación (biométricas, de seguimiento y reconocimiento, de vinculación y cruzado de datos) inundan las calles y se colocan como la columna de una fantasía tecnocéntrica de control total, a partir de la cual se busca el conocimiento absoluto de la actuación y conducta de cuerpos individuales, tanto como de multitudes poblacionales, en nombre de la seguridad y la protección colectivas (Graham, 2011; Lyon, 2003; Bellamy y McChesney, 2014; Zuboff, 2018). El segundo aspecto que debemos resaltar, de estas formas represivas, es la manera en cómo lo urbano se concibe como espacio donde las amenazas y riesgos no solamente provienen de fuera, sino que se reproducen también en el adentro; la creciente tendencia a militarizar los cuerpos policíacos y su actuación, así como a concebir a las protestas sociales como amenazas y riesgos de desestabilización y, por ello, la represión y contención brutal que es ejercida como forma de control en el espacio público urbano (Warren, 2003; Coaffee, 2003; Graham, 2011; Harvey, 2014), es la máxima muestra de este despliegue del urbanismo militar en el capitalismo central.

En el segundo grupo de estos desarrollos desiguales, identificamos las mismas tendencias que antes hemos descrito en la producción de tramas urbanas, pero ahora en contextos periféricos y dependientes. Observamos, de igual manera, la creciente tendencia a producir espacialidades urbanas con altos grados de segregación y marginación, así como la producción de sistemas infraestructurales que permiten conectar las nuevas centralidades dispersas, mientras se producen formas de control sobre las marginalidades (Herrera y González, 2021); de igual manera, la utilización de aparatos represivos, de control y vigilancia

de cuerpos individualizados y de multitudes, junto con la concepción de la protesta social como riesgo de desestabilización y objeto de represión. No obstante, en este grupo se agregan otras características igualmente relevantes.

La primera de ellas, la manera en cómo intervienen procesos de alta degradación de las tramas urbanas que, invariablemente, producen contextos de violencia generalizada. No solamente se trata, entonces, de la violencia propia de las tecnologías de vigilancia y control que definen al urbanismo militar, sino de violencias que se reproducen a partir del involucramiento de distintos actores paraestatales, como grupos criminales y cárteles económico-políticos que buscan reorganizar y reconstituir las tramas urbanas a su favor, en abierta connivencia con las estructuras estatales preestablecidas. La propuesta de Achille Mbembe de identificar un “gobierno privado indirecto”, en el contexto de desestructuración y reconstitución neoliberal de las entidades estatales y, agregamos aquí, de los entornos urbanos, nos parece sumamente adecuada para comprender estos procesos (Mbembe, 2011).

Frente al surgimiento y consolidación de diversos sectores privados que operan cada vez más como estructuras paraestatales y ejercen las funciones de reordenamiento, administración y disciplinamiento de cuerpos y multitudes en entornos urbanos precarizados (Mbembe, 2011), también se han consolidado los mecanismos y las operaciones de intervención y “pacificación” de las estructuras estatales, muchas veces mediante cuerpos policíacos militarizados y ejercicios de intervención abiertamente represivos. No obstante, y como lo observan Veloso, Cristoph y Telles (2023) para el caso brasileño, estos mismos procesos han permitido la expansión del mercado y la inclusión en este de zonas que anteriormente no se encontraban abiertas a las inversiones, incluso por ser consideradas de alto riesgo o peligrosidad. Los procesos de financiarización, la expansión de zonas de inversión inmobiliaria, la modificación en los usos de suelo, la elevación en la renta diferencial del suelo urbano y el desarrollo de nuevas economías que se localizan en los intersticios entre lo legal y lo ilegal, son parte de estas dinámicas que tienen en el centro las guerras urbanas supuestamente libradas contra la criminalidad y la informalidad (Veloso, Cristoph y Telles, 2023). De esta manera, la reorganización del espacio urbano a partir de profundos procesos de militarización de la seguridad pública y de “combate a la criminalidad”, también juega en favor de la introducción de un disciplinamiento neoliberal y de la inclusión de sujetos, sectores y zonas que antes no habían podido ser incorporadas a su dinámica, además de producir una expansión de mercado mediante la vinculación entre sector inmobiliario, finanzas y provisión de distintos servicios de forma legal e ilegal.

En este grupo de desarrollos desiguales, incluimos de la misma manera aquellos “procesos de pacificación” que ocultan objetivos y tácticas contrainsurgentes, como es el caso paradigmático de los grandes centros urbanos colombianos. Aquí, las lógicas de mercado no desaparecen, pero se funden con las tramas de una conflictividad histórica que demanda de los aparatos de seguridad altamente militarizados y bajo una lógica contrainsurgente, medidas de control extremas que se disfrazan de “seguridad democrática y ciudadana”. La creciente urbanización del conflicto, lo transforma abiertamente en un escenario de guerra urbana (Barrios, 2023).

En el tercer grupo contemplamos un elemento central en la comprensión de las guerras urbanas, su geopolítica y su dimensión biopolítica/tanatopolítica. Aquí se manifiestan con claridad los procesos de “urbicidio”, que han sido analizados por un grupo amplio de especialistas (Berman, 1985; Graham, 2003b; Shaw, 2003; Coward, 2003). Cuando Marshall Berman (1985) plantea la discusión sobre el urbicidio, piensa tanto en la dimensión histórica como en el presente de “la muerte de la ciudad”, su asesinato selectivo, pero así también la posibilidad que este abre a su reconstrucción y reconstitución. En el debate, sin embargo, y como lo ha expresado Martin Shaw (2003), no debemos contemplar solamente la “muerte de la ciudad”, sino la manera en cómo el urbicidio es el vehículo de otros “cidios”, como el genocidio, el clasicidio, el etnocidio, o aquellos “cidios” de dimensiones religiosas, nacionales e incluso, podríamos

agregar, epistemológicas. El urbicidio, así, representa la eliminación de las condiciones de posibilidad de la reproducción de determinados grupos, que son identificados como “enemigos”, “patologías sociales”, “factores de desestabilización” e, incluso, como “elementos nocivos e indeseables” para una determinada conformación social. El higienismo, las racionalidades inmunitarias y contrapatológicas (Esposito, 2011) se hacen presentes aquí con mayor fuerza.

Característico de las regiones y zonas marginales y periféricas en todo el mundo, los procesos de urbicidio que vehiculizan el resto de “cidios”, están destinados a negar la existencia y reproducción de “los otros”, de una forma extrema, violenta, de negación de la vida en nombre de la afirmación de otras vidas plenas. La confrontación entre “vidas plenas” y “vidas desechables” o que “no merecen ser vividas” (Agamben, 2005), se hace patente en estos procesos. El caso de Bosnia-Herzegovina, y los Balcanes en general (Coward, 2003), incluyendo los bombardeos selectivos por parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), así como los ataques serbios, es paradigmático al respecto. Sin duda, el conflicto histórico en Palestina y, específicamente, en la Franja de Gaza, puede venir a la mente; no obstante, consideramos que este caso se debate entre esta clasificación del tercer grupo y la que a continuación plantearemos.

La última categorización que proponemos aquí se relaciona, sin duda, con las anteriores que hemos analizado, y especialmente con la del grupo tres. No obstante, si la planteamos aparte es porque creemos conveniente resaltar algunas características muy particulares y de suma importancia. Aquí incorporamos las lógicas de colonización/neocolonización, ocupación y despojo de tierras, además de una regulación extrema sobre la reproducción de la vida de las poblaciones que quedan enclavadas en estas zonas, al grado de que pueden darse procesos de urbicidio/genocidio. Es por ello que el caso de Gaza lo incluimos en el intersticio entre estos dos grupos.

Concebimos esta cuarta clasificación como una en la cual el urbanismo militar, su geopolítica y sus dimensiones biopolítica/tanatopolítica se funden en laboratorios de experimentación constante donde lo que está en el centro son procesos extremos de regulación de la vida y sus formas de reproducción en contextos altamente urbanizados; acompañando ello, se encuentra también la lógica de segregación socio-espacial, el despojo ilegal de tierras y su ocupación por parte de otros grupos sociales, apoyados por fuerzas militares y gubernamentales, así como el diseño de toda una trama y una arquitectónica urbana que, por una parte, condiciona a una reproducción precarizada de la vida y la confina al estatus de “vidas desechables” mientras que, por la otra, afirma la existencia de otras formas de vida mediante la producción de asentamientos, sistemas infraestructurales y codificaciones socio-espaciales que, de manera abiertamente militarizada y con una lógica de guerra extrema, se imponen como una plena soberanía de la vida a costa de la negación de la existencia de “los otros” (Weizman, 2003; 2017; Graham, 2003b; 2011; Barrios, 2023).

La ambigüedad entre el urbicidio/genocidio y el control férreo de la administración de las vidas precarizadas y segregadas, se funde en las lógicas de confrontación militar extremas que, en estos casos, transforman a las realidades urbanas en campos de batalla permanentes, cuya producción material y simbólica, así como cuyas prácticas espaciales cotidianas (Lefebvre, 2013), se conjugan para propiciar el extremo de las guerras urbanas actuales del urbanismo militar mundializado. Gaza representa hoy ese paradigma de la guerra urbana que, alentado por el “efecto boomerang”, al que ya hemos hecho referencia, permite el perfeccionamiento de otras realidades de hiper-control, vigilancia, represión y reproducción precarizada, que también hemos referido (Weizman, 2007). De igual manera, otras realidades, como las que se desarrollan en el Kurdistán turco (Bakan, 2020) o las que se han observado en Irak y Afganistán (Zeitoun et. al., 2017; Herold, 2003) en las pasadas dos décadas, nos muestran que estos escenarios donde la violencia urbicida se conjuga con los intereses de despojo y apropiación territorial, así como con las lógicas extremas del urbanismo militar, están siendo cada vez más frecuentes.

Nos parece pertinente resaltar algunos aspectos finales de acuerdo con lo que antes hemos analizado. El primero, que, si bien la categorización por grupos no pretende ser exhaustiva ni definitiva, debe ser comprendida siempre en su dimensión analítica y metodológica, jamás como un reflejo de una realidad compartimentalizada o dividida de esta manera. Ya hemos destacado anteriormente la forma dialéctica y relacional en la que entendemos esta clasificación, siempre apegada a nuestra mirada desde el desarrollo desigual como categoría analítica y metodológica fundamental (Smith, 2008; Harvey, 2007; González, 2021). Como ha podido observarse, en realidad algunos casos de guerra urbana responden a más de una categorización. Esta debe ser siempre vista como una guía analítica, más que como la realidad en sí.

Segundo, el incrementado interés en el tema de la guerra urbana, no solamente desde la academia, sino, ante todo, desde los aparatos securitarios, de control y vigilancia en el capitalismo mundial y en los distintos centros de toma de decisiones en los Estados y en las diversas tramas urbanas. Desde los mandos militares estadounidenses, europeos, rusos y chinos, así como desde organismos militares como la OTAN, se ha planteado la necesaria reformulación de la guerra en un sentido abiertamente urbano, irregular y asimétrico, para lidiar con la conflictividad del siglo XXI (Hills, 2003; Kilcullen, 2009; Varo, 2002; You et al., 2018; OTAN, 2003). Ello responde a las crecientes preocupaciones por el estallamiento de lo urbano, así como a la tendencia de una realidad urbana en crecimiento, con todas sus contradicciones. La tendencia de las guerras urbanas, marca un escenario futuro de un incrementado autoritarismo y numerosas respuestas que se han estado gestando frente a este.

Como tercer elemento, muy vinculado al anterior, el hecho de que, en los casos de conquista y ataque de centros urbanos “del enemigo”, la supremacía de la ofensiva está dada por los bombardeos aéreos, a pesar de que se estén adoptando, cada vez más, otras formas organizativas, de despliegue y ocupación militar, adaptadas a los entornos urbanos (Hills, 2003; You et al., 2018; Ceceña, 2023). En este sentido, no debe perderse de vista que uno de los objetivos principales de este tipo de actos será el castigo ejemplar a las poblaciones civiles, la presión a las dirigencias enemigas a partir de la utilización de la precarización de sus propias poblaciones, más un proceso de “desmodernización” (Graham, 2011) que consiste en reducir las capacidades enemigas, a partir de atacar los principales centros de provisión de servicios y bienes básicos (agua, energía eléctrica, servicios de salud, transporte, comunicaciones...), tanto como los puntos estratégicos de defensa y ataque. En este sentido, los bombardeos siempre serán selectivos, pero la selección será también más amplia de aquello que supuestamente se concibe como “objetivos militares”.

En cuarto lugar, debemos considerar a las guerras urbanas y los distintos desarrollos desiguales que de estas se desprenden, como procesos que alteran enormemente las tramas socio-ecológicas de la vida (Harvey, 2017), en numerosos sentidos. El primero, al destruir o intentar destruir la diversidad y heterogeneidad, así como la proclividad al disenso (Rancière, 2010) que se encarna en lo urbano. Como ha expresado Martin Coward, la “destrucción de la fábrica urbana es, de hecho, la destrucción de las condiciones de posibilidad de la heterogeneidad” (2003, p. 166). Aunado a ello, la intencionalidad de destruir tramas comunitarias tejidas durante décadas, incluso siglos, para reconstituirlas a la imagen utilitaria de proyectos bio/geopolíticos que buscan consolidar formas hegemónicas contrarias a la comunalidad (Bakan, 2020; Herrera, 2021); estos intentos terminan por modificar radicalmente las tramas socio-ecológicas y la espacialidad urbana. En el mismo sentido, se debe comprender que todo contexto de guerra, todo proceso de militarización, y específicamente en el ámbito urbano, tiene profundas implicaciones que se manifiestan también en transformaciones socio-ecológicas profundas, que terminan por afectar las formas de reproducción sociales, el aprovisionamiento de bienes y servicios básicos, la alimentación y la salud, así como las posibilidades de procurar un entorno seguro y estable para la reproducción social general (Zeitoun et al., 2017).

Como quinto y último punto, lo urbano como estratégico. A lo que nos hemos estado refiriendo, por lo tanto, no es ya a la ciudad como target, sino a las tramas urbanas como el centro estratégico que busca intervenir, controlarse, administrarse y regularse, en un sentido abiertamente bio/geopolítico (Herrera,

2024), es decir, en el cual se producen binomios espaciales/poblacionales donde diversas tecnologías de regulación y gobierno, de vigilancia y control, se disponen a dictar el cómo, porqué y para qué da la vida (Foucault, 2002). Como planteara Lefebvre (1970), lo urbano se ha transformado en la sustitución de las formaciones contractuales –aquellas impuestas– por la costumbre; lo urbano representa el contexto más naturalizado de reproducción, por lo que es altamente efectivo al ser aceptado por los sujetos sociales. Sin embargo, lo urbano es también un proceso de reapropiación (apropiación socio-espacial) por parte de lo humano (Lefebvre, 1979; 2013; 2017) que, incluso, puede llevar a procesos de autogestión (Lefebvre, 1970; 2007), lo que representa su máxima contradicción: la artificialidad instrumental y utilitaria se confronta con la posibilidad de reapropiación y de autogestión, de realización plena de lo humano. De ello se derivan dos cuestiones: la primera, la necesidad de la guerra para contener esa potencialidad; la segunda, lo urbano como campo de batalla estratégico entre los distintos proyectos sociales, unos que buscan la afirmación dominante y los otros, la apropiación de la vida y la posibilidad de producir otra urbanidad posible.

### **Las guerras urbanas en el siglo XXI: la discusión del Dossier**

Convocamos a este número especial sobre guerras urbanas tomando en cuenta la diversidad de perspectivas, realidades y desarrollos desiguales que integran a este amplio espectro. Los artículos que a continuación se presentan, escritos por especialistas en distintos campos del conocimiento, se articulan en torno a algunos ejes centrales: las ciudades como laboratorios de guerra, las resistencias e insurgencias urbanas, las contrainsurgencias, la securitización y la normalización de la guerra urbana, la multidimensionalidad de sus despliegues, la gubernamentalidad biopolítica y necropolítica de sus lógicas operativas, su financiación y financiarización, el urbicidio y los procesos de destrucción creativa, además de otros ejes como los procesos de segregación y despojo, más la dimensión global de la propia guerra urbana. Consideramos que son estos componentes centrales en la discusión actual sobre los procesos que acontecen bajo el paraguas del concepto de guerra urbana, o de otros más como urbanismo militar; de esta manera, los artículos que a continuación se presentan analizan diversos aspectos, contextos, escalas y realidades de este amplio campo de estudios.

Para abrir el número, el artículo de Ana Esther Ceceña “Los nudos geopolíticos y el genocidio en Gaza”, presenta un análisis sobre los elementos centrales de las guerras contemporáneas que, desde su perspectiva, se caracterizan por: el rediseño geopolítico producto de la competencia y las disputas por la hegemonía; la búsqueda de recursos, denominados como estratégicos o vitales; y el disciplinamiento de poblaciones, territorios e incluso formaciones estatales enteras, bajo los dictados e intereses hegemónicos. El análisis planteado por Ceceña, muestra la centralidad de la región Medio Oriente en el desarrollo de los conflictos bélicos en lo que va del siglo XXI, por lo que propone comprender la guerra en Gaza, con tintes genocidas, a partir del rediseño geopolítico, la necesidad de asegurar el flujo irrestricto de recursos estratégicos y la implantación de un modelo de disciplinamiento de poblaciones, territorios y Estados en dicha región, como consecuencia de las disputas hegemónicas en la escala mundial.

En el artículo “Guerra urbana y segregación socioterritorial en los escenarios de guerra del siglo XXI”, María José Rodríguez Rejas analiza la relación entre los procesos de segregación y la dimensión urbana de la guerra, poniendo énfasis en la criminalización de la pobreza. Rodríguez Rejas centra la mirada en la manera en cómo la concepción de las “nuevas amenazas” a la seguridad, se centran especialmente en los sectores empobrecidos de los entornos urbanos, concibiéndoles como base de apoyo y sustento de una insurgencia urbana ampliamente definida (crimen organizado, terrorismo o guerrillas), lo que convierte a la población civil precarizada en el objetivo central de las nuevas tácticas contrainsurgentes. Partiendo de un recorrido teórico-histórico sobre el desarrollo de la guerra urbana, se centra en el análisis de América Latina, así como destaca también la manera en cómo se produce la segregación socioterritorial y su

vinculación con el empobrecimiento de poblaciones, tanto como la tendencia a la militarización de las fuerzas públicas y la influencia del enfoque y praxis estadounidense en este proceso.

Irving Rico Becerra, en el artículo “La guerra multi-dominio y el combate urbano como ejes del pensamiento estratégico en el siglo XXI”, analiza la manera en cómo guerra y militarización conforman un entramado complejo de infraestructuras sociales en una dimensión histórica de larga data; a partir de ello, propone comprender las distintas dimensiones en que se despliegan esas infraestructuras para plantear la noción de “dominios estratégicos” o “dominios de la guerra”, que emanan del pensamiento estadounidense y que platean áreas, zonas o entornos en los que se lleva a cabo la guerra. Partiendo de estas discusiones, Rico Becerra utiliza el concepto “guerra multidominio” para caracterizar la complejidad de la guerra y su vinculación con los entornos urbanos, a partir de comprender la dimensión del combate urbano como un eje estratégico de la forma de hacer la guerra en el siglo XXI. En su análisis, discute las tácticas contrainsurgentes, la innovación tecnológica y el despliegue de racionalidades de combate totalmente adaptadas a contextos urbanos, todo ello como parte del amplio concepto de guerra total.

En el artículo “La guerra y la ciudad en la reconfiguración espacial de África”, Sandra Kanety Zavaleta Hernández y Adriana Franco Silva realizan un análisis de las reconfiguraciones espaciales en África a partir de explorar la relación guerra-ciudad por medio de la alusión a distintos casos. Primero, las autoras rastrean esta relación en la propia configuración del poder colonial por medio de la fundación de ciudades, pero así también en la reconfiguración de éstas a partir de la oposición y resistencia anticolonial que acentuarán el papel de la guerra urbana como eje de operación en la lucha por la independencia. En un segundo momento, Zavaleta y Franco analizan cómo las disputas por el poder político y conflictos armados hacen de las ciudades africanas campos de batalla. Finalmente, las autoras examinan el papel de la guerra como proceso de urbanización. A través de estos tres momentos argumentales, las autoras realizan un abordaje genealógico que permite comprender las expresiones que la relación guerra-ciudad ha asumido África.

Rebeca Peralta Mariñelarena, en el artículo “Las nuevas modalidades de la dominación capitalista y la disputa por América Latina, una aproximación desde el proceso boliviano”, debate sobre las nuevas modalidades de intervención y dominio en América Latina a partir de lo sucedido en el golpe de Estado contra el gobierno boliviano en la ciudad de la Paz a través del despliegue de un enjambre de operaciones simultáneas inspiradas en emprendimientos dispersos registrados en otras experiencias y que, como plantea Peralta, permitirán observar no sólo las manifestaciones contemporáneas de la guerra irrestricta, sino también las expresiones posteriores que la intervención en la región pudiera potencialmente asumir. Con este planteamiento, la autora también acentúa la atención en la instrumentación de la cuestión ambiental en la restauración de las facciones conservadoras y la activación de procesos de desestabilización del gobierno.

En el artículo, “La financiarización de la guerra civil en Ucrania a través de los bonos de guerra”, Miguel Ángel Cruz Mancillas analiza cómo los bonos de guerra intervienen en la financiarización del conflicto en Ucrania. A partir de ahí, el autor también evalúa las consecuencias que se derivan del uso de capital ficticio en el hacer la guerra. Con este propósito, Cruz explora, a la luz de una aproximación teórica, la relación entre financiarización y guerra. Asimismo, traza un panorama general de las guerras civiles en el mundo y particularmente de la guerra civil en Ucrania. Finalmente, el autor examina a través de diferentes indicadores cómo la financiarización está interviniendo en la guerra civil en Ucrania para posteriormente esbozar algunas de las implicaciones macroeconómicas futuras derivadas de la especulación inherente.

Lady Juneke Vargas León, en el artículo “Ciudad de México: espera forzada y cronopolítica de la movilidad migratoria” analiza a la Ciudad de México como un espacio de espera forzada para migrantes a partir de la externalización de las fronteras y la securitización de la migración promovida por la política migratoria de

Estados Unidos. La autora propone un marco analítico que desde la noción de biopolítica y cronopolítica explore las dinámicas espaciales y temporales de la movilidad migrante frente a las políticas de control y regulación. A partir de la realización de trabajo de campo con un enfoque etnográfico, y empleo de técnicas de observación participante, registro fotográfico y entrevistas no formales en albergues temporales seleccionados, Vargas examina el rol de la Ciudad de México en el despliegue de prácticas de control, ordenación y gestión de la movilidad migratoria, así como los efectos de segregación espacial hacia la periferia urbana que experimentan las personas migrantes.

En un interesante análisis bibliométrico, Daniela Rezago presenta en “Guerra Urbana: un estado de la cuestión”, un panorama amplio sobre la producción de artículos, libros y documentos de trabajo que han abordado el tema de guerras urbanas desde tiempos de la Segunda Guerra Mundial hasta los últimos años. Utilizando una muestra de mil registros extraídos de la base de *Web of Science*, Rezago sitúa la discusión en una perspectiva teórico-histórica que parte de 1942 y que llega a la presente década, mostrando la relación intrínseca entre las particularidades de los contextos estratégicos de guerra, de Guerra Fría y de la actualidad, con la producción de conocimiento y el tipo de discusión que se lleva a cabo en cada época. No es de sorprender, desde esta perspectiva, que la producción científica y operativa que sobre las guerras urbanas se ha tenido en las pasadas dos décadas sea la de mayor volumen en comparación con la trayectoria anterior, al corresponderse con el incremento mismo en las operaciones militares y la acción militar en entornos urbanos.

Para finalizar, encontramos en este número dos artículos que no discuten la guerra urbana, pero sí aspectos centrales dentro de los contextos urbanos contemporáneos. El primero, “*Divisão sexual e racial do trabalho, cotidiano e mobilidade de mulheres: contribuições do feminismo interseccional*” de María Costa, analiza la manera en cómo el trabajo reproductivo cotidiano tiene efectos directos en los patrones de movilidad de las mujeres. Centrándose en un estudio de caso en la ciudad de Natal, capital de la provincia de Rio Grande do Norte, Brasil, el artículo parte de la perspectiva del feminismo interseccional para analizar la manera en cómo el trabajo reproductivo es un factor que resta posibilidades y tiempo para la movilidad con fines de ocio de las mujeres, al impactar tanto en el desplazamiento como en la forma de habitar del día a día. El análisis planteado permite comprender la manera en cómo la intersección entre raza, clase, género, territorio y movilidad, es un elemento central para la comprensión de procesos socio-territoriales situados, como el caso que se estudia, abriendo la posibilidad de formular metodologías concretas para estudios de caso similares.

En el segundo artículo, titulado “La lucha por la competitividad en las ciudades turísticas ¿Y la apuesta a la accesibilidad qué?”, de Lorena Trinidad Medina Esparza, se discute críticamente la manera en cómo las ciudades turísticas, al enfocarse en la necesidad de conseguir un posicionamiento dentro del ranking global de ciudades, y mejorar su competitividad al respecto, dejan de lado la necesidad de construcción de espacios accesibles tanto para el turismo como para quienes habitan esas ciudades, minimizando la necesidad de producir entornos que privilegien el desplazamiento con autonomía y seguridad, además de garantizar los derechos humanos de uso y disfrute del espacio público, transporte, entorno e información. El artículo propone incluir los principios del diseño universal de la cadena de valor del turismo en las legislaciones, programas, planes y políticas de las ciudades turísticas, siguiendo el ejemplo de ciudades como Luxemburgo o Barcelona.

## Referencias

- Agamben, G. (2005). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, G. (2017). *Stasis. La guerra civil como paradigma de gobierno*. Argentina: Adriana Hidalgo.
- Bakan, R. (2020). “Socio-spatial dynamics of contentious politics: A case of urban warfare in the Kurdish region of

- Turkey”. En *Kurdish Studies*, vol. 8, núm. 2, octubre (245-270).
- Barrios, D. (2023). “Crear dos, tres... muchas Colombias”. En A. E. Ceceña (coord.). *Las guerras del siglo XXI*. México-Argentina: CLACSO-Siglo XXI (207-246).
- Bellamy, J. & R. McChesney (2014). “Surveillance Capitalism. Monopoly-Finance Capital, the Military-Industrial Complex, and the Digital Age”. En *Monthly Review. An Independent Socialist Magazine*, vol. 66, num. 3, julio-agosto. URL: <https://monthlyreview.org/2014/07/01/surveillance-capitalism/>
- Berman, M. (1985). “La vida después del urbicidio”. En *Revista Nexos*, núm. 96, diciembre.
- Bishop, R. & G. Clancey (2003), “The City-as-Target, or Perpetuation and Death”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (54-74).
- Canguilhem, G. (2015). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.
- Cavalletti, A. (2010). *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*. Argentina: Adriana Hidalgo.
- Ceceña (2023). “Las guerras del siglo XXI”. En A. E. Ceceña (coord.). *Las guerras del siglo XXI*. México-Argentina: CLACSO-Siglo XXI (13-48).
- Central Intelligence Agency (CIA). The effectiveness of the Rolling Thunder Program in North Vietnam. Recuperado a partir de [https://www.cia.gov/readingroom/docs/DOC\\_0000407065.pdf](https://www.cia.gov/readingroom/docs/DOC_0000407065.pdf)
- Coaffee, J. (2003). “Recasting the ‘Ring of Steel’: Designing Out Terrorism in the City of London?”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (276-296).
- Collier & Lakoff (2008). “Distributed Preparedness. Space, Security and Citizenship in the United States”. En D. Cowen y E. Gilbert (edit.). *War, Citizenship, Territory*. New York-London: Routledge (119-143).
- Collier & Lakoff (2015). “Vital Systems Security: Reflexive Biopolitics and the Government of Emergency”. En *Theory, Culture & Society*, vol. 32, num. 2 (19-51).
- Coward, M. (2003). “Urbicide in Bosnia”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (154-171).
- Echeverría, B. (1998). *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI.
- Elden, S. (2013). *The Birth of Territory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Elden, S. (2013). “Secure the Volume: Vertical geopolitics and the depth of power”. En *Political Geography*, núm. 34 (35-51).
- Esposito, R. (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires : Amorrortu.
- Esposito, R. (2011). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. España: Herder Editorial.
- Etxeberria, E (2019). “Urban warfare in 15th-century Castile”. En *e-Stratégica*, núm. 3 (125-143).
- Foucault, M. (2002). *Defender la Sociedad. México*: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, Territorio, Población*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Garlan, Yvon (1975). *War in the ancient world*. Londres: Chatto & Windus.
- González, F. (2021). “Desarrollo geográfico desigual: andamios para un esquema comprensivo”. En D. Herrera y F. González (coords.). *Una geopolítica crítica. Debates sobre el espacio, las escalas y el desarrollo desigual*. México: FFyL-Fides (83-107).
- Graham, S. (2003a). “Cities as Strategic Sites: Place, Annihilation and urban Geopolitics”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (27-53).
- Graham, S. (2003b). “Constructing Urbicide by Bulldozer in the Occupied Territories”. En S. Graham (edit.). *Cities,*

- War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics. New York-London: Blackwell Publishing (172-213).
- Graham, S. (2007). "La guerra y la ciudad". En *New Left Review*, núm. 44 (113-124).
- Graham, S. (2011). *Cities under Siege. The New Military Urbanism*. London-New York: Verso.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2014). *Ciudades rebeldes*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2017). *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Hernández, A. (1997). "La solución negociada de conflictos: el caso de la guerra de la antigua Yugoslavia". En *Agenda Internacional*, vol. 4, núm. 9 (45-80).
- Herold, M. (2003). "Urban Dimensions of the Punishment of Afghanistan by US Bombs". En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (312-329).
- Herrera, D. (2021). "El geo, el bíos y la política. Aproximaciones al régimen biopolítico/geopolítico". En D. Herrera y F. González (coords.). *Una geopolítica crítica. Debates sobre el espacio, las escalas y el desarrollo desigual*. México: FFyL-Fides (41-61).
- Herrera, D. (2024). *El geo, el bíos y la política. El régimen biopolítico/geopolítico y la producción del mundo moderno*. Ciudad de México: Akal.
- Herrera, D. & F. González (2021). "Geopolítica y volumetría: reestructuración urbana y gobernabilidad neoliberal. Apuntes para una aproximación teórica y metodológica para el estudio de la Ciudad de México". En Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales, vol. 21, núm. 1. URL: <https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/83286>
- Hills, A. (2003). "Continuity and Discontinuity: The Grammar of Urban Military Operations". En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (231-246).
- Kilcullen, D. (2009). *The Accidental Guerrilla. Fighting Small Wars in the Midst of a Big One*. New York: Oxford University Press.
- Hobsbawm, E. (2012). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino.
- Lefebvre, H. (1970). *La revolución urbana*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Lefebvre, H. (2007). *State, Space, World. Selected Essays*. Minnesota: Minnesota University Press.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lefebvre, H. (2017). *El derecho a la ciudad*. Madrid: Capitán Swing.
- Lyon, D. (2003). "Technology vs. 'Terrorism': Circuits of City Surveillance since September 11, 2001". En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (297-311).
- Marcuse, P. (2003). "The 'War on Terrorism' and Life in Cities after September 11, 2001". En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (261-275).
- Mbembe, A. (2011). "Sobre el gobierno privado indirecto". En A. Mbembe. *Necropolítica*. Madrid: Melusina (80-120).
- OTAN (2003). *Urban Operations in the Year 2020*. France: North Atlantic Treaty Organization.
- Rancière, J. (2010). *Momentos políticos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Roberts, K. (1976). *Urban guerrillas in the Americas*. Pennsylvania: Strategic Studies Institute & US Army War College.
- Ruíz, J. (2014). "Mogadiscio 1993, 3 de octubre, 16:10 cómo y por qué ha cambiado nuestra manera de entender los

hechos urbanos y sobre la importancia de las imágenes de los mismos”. En *Geo-Crítica* (2014). Recuperado a partir de <https://www.ub.edu/geocrit/coloquio2014/Javier%20RUIZ%20SANCHEZ.pdf>

Sakellariou M. (1989). *The polis state definition and origin*. París: Diffusion de Bocard.

Schrader, S. (2019). *Badges without Borders. How Global Counterinsurgency Transformed American Policing*. California: University of California Press.

Scott, J. (1998). *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven-London: Yale University Press.

Scott, J. (2017). *Against the Grain. A Deep History of the Earliest States*. New Haven: Yale University.

Shaw, M. (2003). “New Wars of the City: Relationships of ‘Urbicide’ and ‘Genocide’”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (141-153).

Smith, B. (2008). *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*. Georgia: Georgia University Press.

Sorkin, M. (2003). “Urban Warfare: A Tour of the Battlefield”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (251-262).

Tucidides (1990). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Libros I-II. Madrid: Gredos.

U.S. Marine Corps (1998). *Military Operations on Urbanized Terrain*. Washington: Department of Navy. Recuperado a partir de <https://www.marines.mil/portals/1/mcwp%203-35.3.pdf>

Varo, A. (2002). “Futuro Escenario Urbano (Década 2020)”. En *Boletín de Información*, núm. 277 (51-79).

Veloso, D., C. Cristoph & V. Telles (2022). “Gerra urbana e expansão de mercados no Rio de Janeiro”. En *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 38, núm. 111, noviembre, (1-17).

Virilio, P. (2002). *Desert Screen. War at the Speed of Light*. London-New York: Continuum.

Warren, R. (2003). “City Streets – The War Zones of Globalization: Democracy and Military Operations on Urban Terrain in the Early Twenty-First Century”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (214-230).

Weizman, E. (2003). “Strategic Points, Flexible Lines, Tense Surfaces, and Political Volumes: Ariel Sharon and the Geometry of Occupation”. En S. Graham (edit.). *Cities, War and Terrorism. Towards an Urban Geopolitics*. New York-London: Blackwell Publishing (172-191).

Warren, C. (2018). “La primera batalla de Gran Bretaña”. En *Air & Space Power Journal En Español* (2018): (86-96)

Weizman, E. (2007). *Hollow Land. Israel’s Architecture of Occupation*. London-New York: Verso.

You, X. et. al. (2018). “Survey on Urban Warfare Augmented Reality”. En *International Journal of Geo-Information*, vol. 7, núm. 46 (1-16).

Zeitoun, M. et. al. (2017). “Urban Warfare Ecology: A Study of Water Supply in Basrah”. En *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 41, núm. 6, diciembre (904-925).

Zuboff, S. (2018). *The Age of Surveillance Capitalism. The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. New York: Public Affairs.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.